

CAPITULO XXXIII.

DESAVENENCIAS ENTRE DIONISIO EL JOVEN, REY DE SIRACUSA,
Y DION SU CUÑADO. VIAGES DE PLATON A SICILIA *.

Desde que estaba yo en Grecia, habia recorrido sus principales ciudades, y sido testigo de

* Tres viages hizo Platon á Sicilia: el primero en el reinado de Dionisio el mayor; y los otros dos en el de Dionisio el joven, que ocupó el trono el año 367 antes de J. C.

El primero fué el año 389 antes de la misma era, pues por un lado el mismo Platon dice que tenia entonces 40 años, y por otro está probado que habia nacido el año 429 antes de J. C.

La data de los otros dos viages la ha fijado sobre un cálculo falso el P. Corsini, acaso el único de los sabios modernos que se ha

las grandes solemnidades que reúnen sus diversas naciones. Poco satisfechos Filotas y yo de

ocupado en esta materia. Bastarán los hechos siguientes para ilustrar este punto de cronología.

Platon fué á Sicilia con el designio de procurar una reconciliacion entre Dion y el rey de Siracusa. Permaneció allí de 12 á 13 meses, y habiendo encontrado á Dion en los juegos olímpicos, le dió parte del mal éxito de su negociacion. De este modo, determinado el año en que se celebraron estos juegos, se tendrá la época del último viage de Platon. Podria haber duda entre los juegos de las olimpiadas 504, 505 y 506, es decir, entre los años 564, 560 y 556 antes de J. C.; pero la observacion siguiente quita la duda.

En los primeros meses de la estancia de Platon en Siracusa, fué testigo de un eclipse de sol. Despues de su plática con Dion, se decidió este á intentar una expedicion en Sicilia, y mientras efectuaba su embarco en Zacinto, ocurrió en el rigor del estío un eclipse de luna, que atemorizó á la tropa. Es preciso pues, que el año olímpico de que se trata, haya sido, 1º precedido de un eclipse de sol, ocurrido cerca de un año antes, y visible en Siracusa; 2º que haya sido seguido, uno, dos ó tres años despues por un eclipse de luna, sucedido en los mas fuertes calores del estío, y visible en Zacinto: ahora pues, el 12 de mayo del año 564 antes de J. C. á las cuatro de la tarde, hubo un eclipse de sol visible en Siracusa, y el 9 de agosto del año 557 antes de J. C. uno de luna visible en Zacinto: de aquí se sigue que el tercer viage de Platon fué en la primavera del año 561, y la expedicion de Dion en agosto del año 557. Y como segun aparece de las cartas de Platon, solamente se pasaron dos ó tres años entre el fin del segundo viage, y el principio del tercero, se puede poner el segundo en el año 564 antes de J. C.

Saco este resultado de una tabla de eclipses, que debo á la bondad de M. de Lalande, y que contiene todos los eclipses de sol y luna, unos visibles en Siracusa, otros en Zacinto, desde la subida de Dionisio el joven al trono en el año 567, hasta el de 550 antes de

estos viages parciales, nos determinamos á visitar con mayor atencion y cuidado todas sus provincias, empezando por las del norte.

La vispera de nuestra marcha comimos en casa de Platon, adonde fui con Apolodoro y Filotas. Allí encontramos á Espeusipo su sobrino, á muchos de sus antiguos discipulos, y á Timoteo tan celebrado por sus victorias. Nos dijeron que Platon estaba encerrado con Dion de Siracusa, que habia llegado del Peloponeso; y que obligado á abandonar su patria, habia vivido en Atenas mucho tiempo, seis ó siete años

J. C. Se ve claramente que todo otro año olimpico que el de 360, seria insuficiente para llenar las condiciones del problema.

Tambien se ve el error cronológico del P. Corsini, que se perpetuaría fácilmente á favor de su nombre, si no se cuidase de descubrirlo. Este sabio pretende, como yo tambien, que Platon dió cuenta á Dion, de su último viage, en los juegos olimpícos del año 360. Pero él parte de una suposicion falsa; porque poniendo en 9 de agosto de este año el eclipse de luna sucedido en el año 357, fija en el de 360, y á pocos dias de distancia la expedicion de Dion, y su conversacion con Platon en los juegos olimpícos. No es esta ocasion de rebatir las falsas consecuencias que saca del falso cálculo que ha hecho, ó se le ha dado de este eclipse: es necesario estar á hechos ciertos. El eclipse de luna del mes de agosto, es ciertamente del año 357: luego la partida de Dion para Sicilia, es del mes de agosto de 357. Habia tenido una conversacion con Platon en los últimos dias de las fiestas de Olimpia: luego Platon á la vuelta de su tercer viage, se halló en los juegos olimpícos del año 360. Podria hacer ver que el eclipse comprueba en esta ocasion la cronología de Diodoro Sículo; pero ya es tiempo de acabar esta nota.

habia: á breve rato salieron á reunirse con nosotros. Al principio me pareció que Platon estaba inquieto y pensativo; mas luego volvió á su aire tranquilo, y mandó servir la mesa.

Reinaban en ella la decencia y el aseo. Timoteo, que en los campos no oia hablar mas que de evoluciones, sitios y batallas; en las juntas de Atenas, de marina é impuestos; conocia perfectamente el mérito de una conversacion mantenida sin esfuerzo, é instructiva sin fastidio. Algunas veces exclamaba suspirando: «¡Ah Platon, qué feliz sois!» Habiendo este pedido perdon por la frugalidad de la comida, le respondió Timoteo: «yo sé que las comidas de la academia proporcionan dormir apaciblemente, y despertarse todavía mas apaciblemente.»

Algunos convidados se retiraron temprano, y luego los siguió Dion. Su semblante y sus discursos nos dieron que pensar; á lo que nos dijo Platon: al presente es víctima de la tiranía; pero acaso algun dia lo será de la libertad.

Instóle Timoteo á que se explicase, diciéndole: profeso á Dion la mayor estimacion, y siempre he ignorado las verdaderas causas de su destierro, sin tener mas que una idea confusa de las turbulencias que agitan la corte de Siracusa. Yo las he visto de muy cerca, respondió Platon. Antes me indignaba yo al ver los furores é in-

justicias que el pueblo comete algunas veces en nuestras asambleas; ; pero cuánto mas terribles y peligrosas son las intrigas que, bajo una calma aparente, fermentan sin cesar al rededor del trono; en aquellas regiones encumbradas, donde el decir la verdad es un crimen, y mayor todavía darla á conocer al principe; donde el favor justifica al malvado, y la desgracia hace culpado al hombre virtuoso! Bien hubiéramos podido atraer al rey de Siracusa: le han pervertido indignamente: no es la suerte de Dion la que lloro, sino la de toda la Sicilia. Estas palabras aumentaron nuestra curiosidad; cediendo Platon á nuestras instancias, empezó de esta manera:

Hace cerca de treinta y dos años * que ciertos motivos, que seria largo referir, me llevaron á Sicilia. Reinaba en Siracusa Dionisio el mayor. Ya sabéis que este principe, temible por sus extraordinarios talentos, se ocupó toda su vida en aherrojar á las naciones vecinas y á la suya. Su crueldad parecia que iba á la par con los progresos de su poder, que llegó en fin al mas alto grado de elevacion. Quiso conocerme; y como me habia declarado su deseo, esperaba de mí lisonjas; mas solamente oyó verdades. No os hablaré ni de su furor, que afronté; ni de su ven-

* Hacia el año 589 antes de J. C.

ganza, de que me costó trabajo librarme. Me habia propuesto no hablar de sus injusticias durante su vida; mas su memoria no necesita nuevos ultrajes para ser la execracion de todos los pueblos.

En aquel tiempo hice en favor de la filosofia una adquisicion, de que debe honrarse; y es este Dion que acaba de salir de aquí. Aristómaca, su hermana, fué una de las dos mugeres con quienes se casó Dionisio en un mismo dia: Hiparino, su padre, habia estado mucho tiempo al frente de la república de Siracusa. A las pláticas que yo tuve con el joven Dion, deberá su libertad esta ciudad, si tiene algun dia la dicha de recobrarla. Su alma, superior á las demas, se abrió á los primeros rayos de la luz; é inflamándose repentinamente en un amor violento de la virtud, renunció, sin titubear un momento, á todas las pasiones que la habian degradado antes. Dion se sometió á tan grandes sacrificios con un ardor, cual yo no he visto en ningun otro joven, y con una constancia que no se ha desmentido jamas.

Desde aquel momento le hizo estremecerse la esclavitud á que estaba reducida su patria; pero lisonjeándose siempre de que sus ejemplos y sus principios harian impresion en el tirano, que no podia resistirse á amarle, y emplearle, continuó viviendo á su lado, sin cesar de ha-

blarle con claridad, y despreciando el odio de una corte disoluta.

Al fin murió Dionisio * atemorizado, atormentado de su desconfianza, y tan desdichado como lo habian sido los pueblos que estuvieron bajo su yugo, durante un reinado de treinta y ocho años. Entre otros hijos dejó de Doris, una de sus dos mugeres, uno que tenia su mismo nombre, y que subió al trono. Dion aprovechó esta ocasion de trabajar por la felicidad de la Sicilia; y hablando con el príncipe, le decia: vuestro padre fundaba su poder en las armadas temibles de que vos disponeis; y en los diez mil bárbaros que componen vuestra guardia: estas eran, segun él decia, unas cadenas de diamante, con que habia sujetado todas las partes del imperio. En esto se engañaba: yo no conozco otros vinculos para unirlos de un modo indisoluble, que la justicia del príncipe y el amor de los pueblos. ¿Qué ignominia para vos, le decia tambien, si reducido á no distinguiros, sino por la magnificencia que brilla en vuestra persona y en vuestro palacio, puede el menor de vuestros súbditos hacerse superior por sus luces ó su modo de pensar!

No contentándose Dion con instruir al rey, velaba ademas sobre la administracion del Es-

* El año 567 antes de J. C.

tado, haciendo bien, y aumentando el número de sus enemigos. Durante algun tiempo se emplearon estos en esfuerzos superfluos; mas luego lograron precipitar á Dionisio en los mas vergonzosos excesos. Dion, que no podia hacerles frente, esperó otro tiempo mas favorable. El rey, en cuya gracia logró ponerme Dion, y cuyos deseos son siempre impetuosos, me escribió varias cartas muy expresivas, pidiéndome encarecidamente que lo dejase todo, y me fuese cuanto antes á Siracusa. Dion añadía en las suyas que no lo dilatase un instante, pues todavia era tiempo de colocar la filosofia sobre el trono; que Dionisio manifestaba mejores disposiciones, y que sus parientes tenían la mejor voluntad de unirse á nosotros, para confirmarle en ellas.

Yo reflexioné con suma madurez sobre estas cartas. Bien veía que no podia fiarme de las promesas de un joven que en un instante pasaba de un extremo á otro; ¿pero no debía descansar en la prudencia consumada de Dion? ¿Debia abandonar mi amigo en tan crítica circunstancia? ¿Habia yo consagrado mi vida á la filosofia, para faltarle cuando me llamaba á su defensa? Todavía diré mas; y es que concebí alguna esperanza de poner en planta mis ideas acerca del mejor gobierno, y establecer el reinado de la justicia en los dominios del rey

de Sicilia. Tales fueron los verdaderos motivos que tuve para este viage *; muy diferentes de los que me han atribuido algunos censores injustos.

Hallé la corte de Dionisio inundada de disensiones y turbulencias. Dion era el blanco de unas calumnias atroces. — Al llegar aquí interrumpió Espeusipo á Platon, diciendo: mi tio no se atreve á contaros los honores que recibió, ni las satisfacciones que tuvo á su llegada. El rey le recibió al saltar en tierra; le hizo subir en un carro magnifico, tirado por cuatro caballos blancos, y le llevó en triunfo por medio de un gentío inmenso que ocupaba la playa: dió orden para que se le dejase entrar en el palacio á cualquiera hora, y ofreció un sacrificio pomposo, en accion de gracias, por el beneficio que los dioses concedian á la Sicilia. A poco los cortesanos se anticiparon á la reforma, desterraron el lujo de sus mesas, y se dieron con ansia á estudiar las figuras de geometría, que varios maestros describian sobre arena echada en las mismas salas del palacio.

Atónitos los pueblos al ver tan súbita mudanza, concibieron ciertas esperanzas; y mas que el rey se mostraba mas sensible á sus quejas. Trajeron á la memoria que habia obtenido el ti-

* Hacia el año 564 antes de J. C.

tulo de ciudadano de Atenas, la ciudad mas libre de la Grecia; y añadian que en cierta ceremonia de religion, habia el heraldo, conforme á la fórmula acostumbrada, dirigido votos al cielo por la conservacion del tirano: y que ofendido Dionisio de un título que hasta entonces no le habia incomodado, exclamó de improvisó: ¿nunca acabarás de maldecirme?

Estas palabras atemorizaron á los partidarios de la tiranía. Al frente de ellos estaba ese Filisto que ha publicado la historia de las guerras de Sicilia, y otras obras de la misma especie. Dionisio el mayor le habia desterrado de sus Estados; pero conociendo en él elocuencia y audacia, le hicieron volver del destierro para oponerle á Platon. Apenas hubo llegado, que se vió Dion calumniado vilmente: sospechada su fidelidad, y acriminadas sus palabras y acciones. Si aconsejaba que en tiempo de paz se reformase parte de las tropas y galeras, se atribuia á que queria debilitar la autoridad real, con ánimo de hacer pasar la corona á los hijos que su hermana habia tenido de Dionisio el mayor. Si obligaba á su discípulo á meditar los principios de un gobierno sabio, decian que el rey no era mas que un alumno de la academia, ni otra cosa que un filósofo, condenado por toda su vida á la investigacion de un bien quimérico.

En efecto, continuó Platon, en Siracusa no se hablaba de otra cosa que de dos conspiraciones; la una de la filosofía contra el trono; y la otra, de todas las pasiones contra la filosofía. A mí me acusaron de que favorecía á la primera, y que me aprovechaba de mi ascendiente sobre Dionisio, para armarle asechanzas. Es cierto que, de acuerdo con Dion, le decia que si deseaba cubrirse de gloria, y aun aumentar su poder, debía juntar un tesoro de amigos virtuosos, para confiarles las magistraturas y los empleos; restablecer las ciudades griegas destruidas por los Cartagineses, y darles leyes sábias, mientras llegaba el día en que pudiese volverles su libertad; y prescribir ciertos límites á su autoridad, para ser rey, y no tirano de sus súbditos. Dionisio parecia algunas veces inclinado á seguir nuestros consejos; pero en su ánimo permanecía el antiguo rencor contra mi amigo, y lo alimentaban las insinuaciones pérfidas. Yo habia puesto todo mi conato en desvanecerlo, los primeros meses de mi mansion en Siracusa; pero muy lejos de conseguirlo, veia que cada dia iba á menos la reputacion de Dion.

La guerra con los Cartagineses duraba todavía; y, aunque reducida á hostilidades pasageras, convenia ponerle un término. Dion con la mira de inspirar á los generales enemigos el deseo de la paz, les escribió pidiéndoles que le noticia-

sen las primeras negociaciones, á fin de poder contribuir á una paz durable. No sé cómo fué, que esta carta vino á manos del rey, quien al instante consultó con Filisto; y preparando la venganza con profundo disimulo, fingió que volvía á Dion á su gracia; le prodigó las señales de su afecto; y al fin le lleva á la orilla de la mar, le enseña la carta fatal, le trata de traidor; y sin dejarle hablar una palabra, le hace embarcar en una nave, que al momento se puso á la vela.

Esta accion fué como un rayo que dejó pasmada la Sicilia, y consternados los amigos de Dion. Algunos temian que recayese sobre nosotros, y aun en Siracusa se esparció la voz de mi muerte. Sin embargo, á esta borrasca violenta sucedió una calma profunda: ya fuese política, ó pudor, el rey mandó dar á Dion cierta cantidad de dinero, que este no quiso recibir. Muy lejos de perseguir á los amigos del proscripto, hizo cuanto pudo para desvanecerles sus recelos; y á mí particularmente procuraba consolarme, y me rogaba que no me apartase de su lado. Aunque sus ruegos iban acompañados de amenazas, y sus caricias de furor, me mantuve siempre firme en esta alternativa; ó que volviese Dion, ó me diese el permiso de retirarme. Cansado de sufrir mi resistencia, mandó llevarme á la ciudadela en su mismo palacio; y

se expidieron órdenes por todas partes para traerme á Siracusa, en caso de que me fugase; prohibiendo á todos los capitanes de navío el recibirme á bordo sin expresa licencia de la mano del príncipe.

Cautivo, y con guardias de vista, vi á Dionisio manifestarme mayor solicitud y cariño: celoso de mi estimacion y de mi amistad, sin poder ya sufrir la preferencia que mi corazón daba á Dion, la exigia con altivez, y la pedia con ruegos. Hallábame continuamente expuesto á lances extravagantes; unas veces con ira y con disculpas; otras con vilipendios y lágrimas. Mas como estas pláticas fuesen cada día mas frecuentes, no faltó quien divulgase que yo era el único depositario de su favor. Esta voz, confirmada por la malignidad de Filisto, me hizo odioso al pueblo y al ejército, atribuyéndome los desarreglos del príncipe, y los yerros de la administracion. De todo ello estaba yo muy distante de ser el autor; pues exceptuando el preámbulo de algunas leyes, en el cual trabajé á mi llegada á Sicilia, me habia abstenido de mezclarme en los negocios públicos, aun en aquel tiempo en que podia partir el peso de ellos con mi fiel compañero. Cuando ya lo habia perdido; cuando Dionisio se habia puesto en las manos de tantos aduladores, conocidos por sus vicios, ¿habia yo de haber escogido esta conjuntura para dar consejos á un

joven insensato, que creia gobernar, dejándose gobernar por unos consejeros mas inicuos y no menos insensatos que él!

Dionisio hubiera comprado mi amistad á peso de oro; pero yo la ponía á otro precio mas alto: yo queria que se penetrase de mi doctrina; y aprendiese á ser dueño de si mismo, para ser digno de mandar á los demas; pero á él solo le gusta la filosofía que ejercita el ingenio, porque le da ocasion de lucir. Cuando lo reducía á esta sabiduria, que arregla los movimientos del alma, veia yo extinguirse su ardor, y que me oia con disgusto y turbacion: en lo cual eché de ver que estaba prevenido para resistir á mis instancias. En efecto le habian avisado que, si admitia mis principios, aseguraba la vuelta y el triunfo de Dion.

La naturaleza dotó á Dionisio con penetracion viva, elocuencia admirable, un corazón sensible, ciertos movimientos de generosidad y propension á las cosas honestas; pero le negó el carácter; y su educacion, absolutamente descuidada, alterando el germen de sus virtudes, ha dejado brotar ciertos defectos, que por fortuna contribuyen á debilitar sus vicios. Es duro sin subsistencia; altivo sin dignidad: usa de mentira y perfidia por debilidad; y por la misma pasa dias enteros embriagado con el vino y la sensualidad. Si tuviera mas firmeza, seria el